

TEOLOGÍA Y RELIGIÓN

LEWIS, C. S., *Los milagros*, traducción de Jorge de la Cueva, Madrid, Encuentro, 2009, 276 pp., ISBN 978-84-7490-993-7.

C. S. Lewis presenta en esta obra un apasionante ensayo filosófico sobre los milagros, cuya existencia, en su opinión, no se puede demostrar simplemente por experiencia, pues lo que aprendemos de la misma depende del género de filosofía con que la afrontemos: si partimos de que los milagros son imposibles no habrá manera de incorporar su posibilidad a la experiencia. Sólo si se admite esta posibilidad, se puede tratar de ver si existen.

Lewis define milagro como una “interferencia en la naturaleza de un poder sobrenatural”, por lo que hablar de milagros supone hablar de algo más que la naturaleza, cosa que niegan los naturalistas y que defienden los sobrenaturalistas, en terminología de este autor, aunque de la tesis sobrenaturalista no se sigue inmediatamente que tengan que suceder milagros necesariamente (Dios puede que nunca interfiera en el sistema natural). Por contra, si el naturalismo es verdadero, no pueden darse milagros, por lo que, si éstos se dan, el naturalismo se desmorona. Lewis demuestra que la índole especial de las afirmaciones morales se mantiene intacta, aunque cuando sean esgrimidas por los naturalistas como equivalentes a preferencias personales. Si el futuro de mis semejantes fuese equivalente a mi gusto por el queso gallego, ¿habría de importarme tanto? Si hemos de continuar haciendo juicios morales (que los hacemos continuamente) tendremos que creer que la conciencia del hombre no es un mero producto de la naturaleza. Tampoco la mente racional es producto de la naturaleza, para Lewis. En esta tesitura, afirmar los milagros no implica negar la existencia de reglas (leyes) en la naturaleza, sino solamente afirmar que pueden ser suspendidas, es decir, el milagro es, por definición, una excepción, por eso la creencia en el milagro exige el conocimiento de las leyes constantes de la naturaleza: si uno no sabe que el sol sale siempre por el este, no encontrará nada raro en que un día salga por el oeste.

La cuestión, pues, es si supuesta la existencia de un poder fuera de la naturaleza, es intrínsecamente absurdo suponer que intervenga para producir en la naturaleza acontecimientos que la marcha regular del sistema no habría producido nunca. Hay que ver qué son las leyes de la naturaleza: no son algo que haga que los sucesos ocurran. Las leyes del movimiento no ponen en danza las bolas de billar; sólo nos permiten analizar el movimiento después de que algo lo haya provocado. Fuera de su alcance queda todo el universo real: “pensar que las leyes pueden producirlo es como pensar que usted puede crear dinero contante y sonante a fuerza de hacer sumas. Porque toda ley en última instancia dice: ‘si usted hace A, entonces obtendrá B’. Pero primero consiga usted su A; las leyes no se brindan a hacerle ese favor”. (p. 99). Por eso, decir milagro no es decir contradicción o ultraje a la naturaleza; sólo significa que, limitada a sus propios recursos, ésta no lo hubiera podido producir. Desde estas convicciones, Lewis se enfrenta al panteísmo.

El historiador aceptará cualquier posible explicación natural, por extraña que sea, antes que admitir que el milagro ha ocurrido, con lo que se da a entender que el milagro es más improbable que el más improbable de los fenómenos naturales. Desde el *Ensayo* de Hume se ha admitido que las afirmaciones sobre milagros son las afirmaciones históricas más intrínsecamente improbables. Y aquí es donde C. S. Lewis

se enfrenta a la famosa crítica humeana a los milagros: si se da absoluta experiencia uniforme contra los milagros, entonces habrá que concluir que no han ocurrido. Pero sólo conocemos que la experiencia contra ellos es uniforme si conocemos que todos los testimonios en favor de los milagros son falsos. Y podemos conocer que todos los testimonios a favor de los milagros son falsos sólo si ya conocemos que los milagros nunca han ocurrido. Argumentamos, pues, en círculo.

Para Lewis, la pregunta de si se dan los milagros y la de si el curso de la naturaleza es uniforme es la misma pregunta propuesta de dos maneras diferentes. Lewis cree que la convicción naturalista de que el mundo es uniforme no es ella misma naturalista, pero la credibilidad de una doctrina no viene de que ella misma sea completamente comprensible, sino de que, una vez admitida, esa doctrina ilumina y reajusta todo el conjunto. Y todos esos milagros no están aislados de los demás actos divinos ni de los demás actos humanos, ya que anticipan algo de lo que llegará a ser la humanidad. Por eso, Lewis dedica espacio a analizar la Resurrección (junto a la Ascensión) de Cristo, como milagro nuclear del cristianismo y lo que éste implica para la consideración de la naturaleza (y de la corporalidad). Así termina esta obra: "Milagros y martirios tienden a juntarse en las mismas áreas de la historia; áreas que naturalmente tenemos pocos deseos de frecuentar. Te recomiendo muy seriamente no desear ninguna prueba ocular, a menos que ya estés totalmente cierto de que no va a ocurrir". Y así se cierra esta obra, en la que Lewis se enfrenta con el problema sin obviar ni una sola de las posibles dificultades del mismo, para defender la no imposibilidad a priori (que es el paradigma desde Hume en adelante) de algo que quizá suceda. Una obra excelente.

Sixto J. Castro

VATTIMO, Gianni y CAPUTO, John D., *Después de la muerte de Dios. Conversaciones sobre religión, política y cultura*, editado por Jeffrey Robbins, traducción de Antonio José Antón, Barcelona, Paidós, 2010, 271 pp., ISBN 978-84-493-2341-6.

Tenemos aquí un par de textos de Vattimo y Caputo, a los que se añaden sendas entrevistas realizadas en 2004 y 2005. El tema es, como deja entrever el título, la cuestión de la muerte de Dios, referida especialmente a la teología de ese nombre de los años 60 del siglo XX, pero sobre todo, la muerte de la muerte de Dios, es decir, ¿qué hay después de la muerte de Dios? El hecho es un retorno indiscutible de lo religioso que Caputo interpreta desde la deconstrucción y Vattimo desde su idea del pensamiento débil, de la esencia kenótica del cristianismo que camina hacia su constitutivo, el ágape, por medio de un debilitamiento que al mismo tiempo que vacía a la religión, facilita el retorno postmoderno a la religiosidad, ya que no cabe tampoco un rechazo racionalista de la religión. Abandonada la ilusión de la pura objetividad, la postmodernidad se vuelve una Ilustración más ilustrada. La realidad sólida de la metafísica se ha disuelto, de modo que la libertad ya no consiste en conocer la estructura de la realidad y adaptarse a ella.

La primera parte del libro contiene un primer capítulo de Vattimo titulado "Hacia un cristianismo no religioso", en el que desarrolla las ideas que ya nos son conocidas acerca de la experiencia interpretativa de la verdad, con lo que eso implica de historicismo y de atención a las reglas del lenguaje. El cristianismo, para Vattimo, posibilita las filosofías de la subjetividad, el hecho de la interpretación le es inherente por su tradición textual. El compromiso cristiano por la libertad supone liberarse de la idea